

Nuestra libertad ha dependido de los directores

Ciro Murillo

ME LLAMO CIRO INOCENCIO MURILLO GARCÍA, alias Cartucho o Mano Negra. Tengo 48 años. Tengo un hijo que se llama Óscar. Él tiene 30 años; 18 años tenía yo cuando lo tuve. Triste, pero toda mi familia está muerta. Por eso tengo que ver yo solo cómo sobrevivo. La gente que me conoce me busca para trabajos pequeños. Limpio casas, a veces hago algo de carpintería, por ahí voy teniendo mi ingreso. A veces, logro tener un animalito para criar o voy a limpiar jardines.

Llegué aquí en 1989. Tenía 24 años. Mi vida fue muy triste cuando llegué. Yo antes era comerciante en el mercado. Tenía un puesto de mercadería de tela. Traía y llevaba telas de Quito a otros lados. Lo poco que ganaba lo invertía en más mercadería. También tomaba fotos cuando había fiestas, cuando había algún matrimonio, por ejemplo. Desgraciadamente, me la pasaba enfermo. No sabía qué enfermedad tenía porque me hacía tratar en Chone, en Portoviejo, iba a todas partes. Decían los doctores que era intoxicación. Sólo me inyectaban ampicilina. Unas tremendas inyecciones que me causaban dolor.

La última vez fui a Santo Domingo. Ahí finalmente un doctor me dijo: “No gaste, ¿para qué?” Él había conocido la enfermedad de la lepra. La conocía bien. Entonces me dijo: “Yo no lo voy a estafar ni a hacerle perder el

206 tiempo. Si usted quiere salvar su vida, sólo lo puede hacer allá, en un leprocomio, en Quito". Me anotó la dirección en un papel, me indicó el bus que debía tomar. Seguí las direcciones y llegué aquí. Me ingresaron. Vine un día domingo, y el lunes ya ingresé, como al mediodía.

Yo era joven, pero tenía el cuerpo lleno de granos. Me tenía que cubrir para que no me diera el sol. Con el sol no podía ver, para nada, porque tenía un grano en la pestaña. Parecía como una garrapata colgada. Y por la noche, era terrible. Yo no quería que llegara la noche, me ahogaba en la desesperación, porque hacía algo de fuerza y se me venía la sangre en cantidades. A veces recogía media bacinilla de sangre. Estaba bien pálido. Cuando vine acá, vine con un amigo. Éramos comerciantes los dos. En ese tiempo, negociábamos los martes y sábados. La ropa que venía de Perú era baratísima. Entonces, íbamos a comprarla. Dormíamos en un hotel y madrugábamos para comprar. Invertíamos como 70 000 sucres en mercadería. Ganábamos algo como 170 000 sucres en el negocio. Lo importante era saber cómo negociar. Comprábamos la ropa casi regalada, pero allá la vendíamos a un precio más alto. La gente nos hacía pedidos. Les llevábamos lo que pedían y nos ganábamos un dinero.

Cuando llegué había 77 personas. Había tantos pacientes, que daba hasta miedo. Yo nunca, nunca, nunca en mi vida había visto un hospital así. Nunca había visto gente así, y casi moría de la tristeza al ver a compañeros sin dedos, sin piernas, sin nariz. Era duro para mí. Por primera vez en mi vida vi a personas que apenas tenían los hoyos de la nariz. Aunque había cosas que a uno le causaban risa. Por ejemplo, aquí vi por primera vez un televisor a color. Yo sólo había visto los televisores en blanco y negro. Había un compañero que lo tenía. Un día entré en silencio a su casa para ver el fútbol y el dueño me sorprendió y me sacó a escobazos. Esas anécdotas también se vivían aquí. Había cosas simpáticas.

El hospital tenía un camino sólo de tierra cuando yo llegué. No era pavimentado para nada. El comedor no estaba arreglado, había una mesa pequeña. No estaba bonito como está ahora. Ha cambiado desde entonces. Arreglaron allá arriba, repararon el policlínico un poco. Pero todo era nuevo para mí porque nunca había escuchado sobre este hospital. Mis compañeros decían que antes no había libertad. Que no les permitían salir a la calle, y si se escapaban los seguían con perros. Cuando llegué ya era más normal. Nos

daban la comida, los medicamentos, recibíamos atención de médicos. Los médicos nos atendían bien. Y sin embargo, se han muerto tantos compañeros. ¡Muchos! Hay otros que se han ido a las casas que hay arriba. Siete u ocho pacientes antiguos se han ido. Algunas de las mujeres, sobre todo. Ahora ya no hay ingresos, todos los tratamientos son ambulantes, o van y vienen.

La vida aquí ha sido difícil. Lo que más me afectó fue que se murió un compañero que tenía mi apellido. Él era muy bueno, se convirtió como en mi padre. Cuando yo llegué, fue el único que me tendió la mano. Yo necesitaba dinero para comprar cosas de comer. Él siempre me daba. Me mandaba a comprar algo y lo compartíamos. Yo cocinaba para los dos. Siempre me regalaba dinero, que en ese tiempo eran sures y no dólares. Me regalaba mis golosinas. Sentí tanto su pérdida. Fue el único con el que establecí una relación cercana. También me ha dolido, por supuesto, la muerte de otros compañeros que eran buenas personas. Me ayudaron a rehacer la vida después de que había tenido una vida normal afuera.

Antes de venir aquí, era como cualquier joven. Me divertía, me dedicaba al comercio, a vender. Toda la gente de donde vivía me conocía. Por eso me contrataban y tenía trabajo con facilidad. Hasta que comenzó mi enfermedad. Por cierto, nadie sabe todavía en mi familia. Saben algo, y algunos. Por eso no voy a mi tierra, para que no me pregunten. Pero algunos de ellos sospechan. Entonces, para defenderme les digo: “No, yo estoy en el hospital porque ahí tengo un trabajito”. Les he dicho así: “Me he hecho querer por los médicos que me conocen”. No puedo visitarlos por más de una semana, porque empiezan a sospechar. Porque la gente empieza a preguntar: “¿No te dan permiso para salir? Debe ser que algo tienes”. Por ejemplo, cuando voy para allá siempre llevo comida, golosinas, en la mochila. Cuando ya no me dan de comer, yo por la noche, cuando me voy a acostar, como lo que tengo guardado. Es que es como si no quisieran que les contagiara a través de la comida. A veces se van a conversar lejos, regresan a la casa como a las nueve de la noche. Es como si dijeran: “No te vamos a dar de comer para que no contagies la comida, la cuchara, el plato, etcétera”.

Antes eran más cariñosos, me atendían, llegaba y ya me tenían mi comida, no me estaban preguntando. ¡Ya no! Han cambiado. Antes, incluso, me regalaban cosas para llevar. Ahora ya no. Ahora, el día que me regreso, se desaparecen de la casa. Se van a dar la comida a los animales y esperan que



a su regreso ya me haya ido. Tal vez es porque mi familia no conoce lo que es la lepra. Así les pronunciara la palabra, no la conocen. Yo tampoco sabía, yo no sabía lo que tenía. Al llegar aquí, fui entendiendo lo que es.

Fue difícil venir a vivir aquí, con gente extraña. Aunque nunca viví con mis padres. Mi padre murió cuando yo nací. Mi madre murió hace 38 años. Mis hermanos y yo nos criamos con mi abuelo. Nos quedamos luego con mi hermana. A los 14, 15 años de edad ya cada quien vivía por su lado. De todas maneras, al saber lo que era la enfermedad y saber que me quedaría aquí, se me vino el mundo abajo.

Por eso nunca me casé. He tenido la oportunidad pero no me casé. Es que es complicado. Uno ya está enfermo y ve puro enfermo alrededor. Uno se siente mal. Pero si se está solo, no importa lo que le digan, no duele. Con una pareja es otra cosa. Cualquier cosa que a ellas no les guste, cualquier cosa en la que uno falle, ya le reprochan. Así uno se va a sentir peor aún. Pero claro que estuve a punto de casarme. Había pedido ya la mano de ella. A una tía mía le pedí que me ayudara. Ya estaba pedida la chica. Lolita, se llamaba. Pero no me podía involucrar con ella porque me la pasaba enfermo. Todos me apoyaron. Un señor con el que trabajaba también me apoyó. Me dijo: “Vaya y cúrese primero”. Me acuerdo que me dio una mula para que viniera aquí. Es que desde donde nosotros vivíamos había que caminar tres horas a caballo para salir al poblado donde se podía tomar el bus para Quito. Ahora hay carreteras hasta allá, pero en ese tiempo andábamos en mulas. Me dio también 40 000 sucres para que me atendieran. Tenía que tratarme primero, decía él. Y ella me esperó cinco años. Pero como yo no podía volver, se casó. Me mandaba cartas, yo nunca le contesté. ¿Qué podía decirle? ¿Lo que tengo? Era complicado. A los doce años de permanecer aquí, fui a visitar a mi familia. Ahí la vi ya casada. Me preguntó qué había pasado. Yo no le dije que estaba así. Yo le dije que estaba enfermo, recuperándome bien. Pero en realidad no le dije que era lepra. No tuve el valor para hacerlo. Le dije que había tenido varias operaciones. Les mentí a todos. Dejaron de preguntar después de esa respuesta. Es que la pregunta era muy dura.

Tuve un hijo cuando era muy joven por esas travesuras, por esas aventuras. A los 18 años, antes de enterarme de que tenía lepra. Cuando tuve a mi hijo, yo tenía como tres novias. ¡Uh!, un joven tiene cualquier cantidad de mujeres, ¡cantidad! Cuando iba a casarme era porque ya había sentado

cabeza, como se dice. A los 19 años me enamoré de ella. Éramos vecinos. Pero ella era muy seria. No le gustaba ir de fiestas, era de su casa. Por eso tuve que hacer el pedido formal al papá. La fuimos a pedir con dos primos. Le llevamos un licor al papá de la muchacha. Al inicio, no nos atrevíamos porque era un señor de los bravos, era complicadísimo. Trago va, trago viene, comenzamos a sentirnos mejor. Hasta entonces yo le llamaba a ella para ver nos a escondidas. Era un tiempo bien duro. Nos encontrábamos en la huerta. A ella nunca le gustó que le dijera: “M’ijita, dame la prueba de amor”. Ella me decía: “Primero nos casamos, si no, nada”. Era bonita la chica, era bien bonita. Cuando quería llevarla a las fiestas, tenía que pedir permiso a su papá. Así era en ese tiempo. Entonces el papá, como era bravo, llamó a la hija para preguntarle si era verdad que yo estaba enamorado de ella, que si le daba mi palabra para casarnos. La muchacha temblaba, pero le dijo que sí era verdad, ella dio el primer paso. Me acuerdo que era el día del amor y la amistad que nos íbamos a casar. Pero yo vine aquí en enero. El doce de enero, lunes, me acuerdo claramente. Pensaba que me iba a recuperar y a volver para casarme. La doctora me ingresó. Yo le pregunté por cuántos días me ingresaba, dijo que sería por ocho días, después que por quince días, que había que hacerme la biopsia, y ahí me dijo que iban a ser meses. Pero la cosa se agravó y me comenzaron a dar el tratamiento. Digamos que antes del mes, ese tratamiento me lanzó a cama. Es que el tratamiento para lepra es fuertísimo. No es como ahora que sólo te dan las pastillas de 50 gramos una vez al día. Antes nos daban la pastilla en el café, el almuerzo y la merienda. Eran pastillas de 100 gramos. Es un milagro que hayamos resistido, pero estamos todos destruidos, los riñones, porque era fuertísimo, hasta la ropa se manchaba.

Y pese a eso, aquí también me he enamorado. Había una chica bien bonita, bien bonita. Un compañero también estaba enamorado de ella, pero nunca le dijo nada. Entre los dos conversábamos:

—Esa chica es bien bonita y bien simpática.

Él me decía:

—Mulato pata rajada, ¿cómo se va a fijar en vos? Yo tengo pinta, yo sí la puedo conquistar.

Entonces hicimos una apuesta sobre quién la conquistaba primero. Dijo que él, porque él tenía pinta. Decía que yo era un indio. Apostamos un

corte de pantalón que teníamos. Si él me ganaba, yo tenía que mandar a coser un pantalón para él. Y acepté. Un día, ella estaba sentada, recibiendo sol y los dos llegamos juntos. Él me puso mal frente a ella. Dijo:

—Oye, ven acá, para decirle a la señorita que estás enamorado de ella. Reaccioné y le dije:

—Señorita discúlpeme, déjelo que hable, no malentienda. De estos temas no hay que conversar con el señor. Sí, usted me gusta, pero es privado.

Ella se levantó y le dijo a un compañero que estaba allí:

—Yo no quiero saber nada de ellos.

Entonces, como yo no quería que él me ganara la apuesta, hablé con un doctor con el que tenía buena relación y le pedí permiso para poderla llevar afuera:

—Doctor, deme permiso para salir con esa paciente.

El doctor era bien chévere. Me respondió:

—Por favor, no estés enamorando o acosando a esta muchacha.

Al final conseguí que me diera el permiso. Entonces, un día viernes había una fiesta por el parque La Alameda, en el Colegio Mejía. Ella tenía unas amigas que la llevaban, una prima, creo, también. El doctor me dijo: “No hay problema”, y me dio el permiso por escrito. Entonces nos fuimos a bailar por allá. Ya en la noche dormimos en una habitación. Era en la casa de los papás de ella. Le habían dejado un departamento de lujo. Al llegar ahí yo me asusté, nunca había encendido un equipo de sonido tan grande. Ella pidió comida a domicilio, y estuvimos como hasta las once de la mañana siguiente. Tomamos café y almorzamos. Pasó lo que tenía que pasar y volvimos al hospital y yo quería que el otro viera que le había ganado la apuesta. Pasaron así algunos meses. A ella la dieron de alta y se fue a vivir al departamento, pero venía a veces a quedarse conmigo. Un día, el otro se iba a graduar y ya me había invitado. Como nunca se ponía ropa formal, yo sabía que me iba a pedir prestado un pantalón y una corbata. Entonces yo la invité a ella para que se quedara a dormir conmigo ese día. Yo ya le había contado que habíamos hecho una apuesta sobre ella. Preparé todo para que el otro viera que le había ganado. A las ocho de la noche golpearon en la puerta. Yo sabía que era él, que venía a pedirme la ropa. Entonces yo le pedí a ella —que estaba con la pijama puesta para dormir conmigo— que se acercara para abrir la puerta. Pregunté quién era, efectivamente era él y le dije:

—Estoy ocupado.

—Ábreme —respondió— préstame un pantalón, que me voy a graduar. Abrió la puerta, pues, y ella salió corriendo. Él, asustado, me preguntó:

—¿Qué, ya están de pareja?

—Ya, vamos a cumplir como seis meses.

Yo tenía como 32 o 34 años. Duramos juntos como cuatro años. Ella fue el amor de mi vida. Se dejó querer demasiado. A ella le gustaba la comida cara. Todo lo que me gustaba, pollo asado, ceviche, mariscos, todo me traía. La mamá le mandaba dinero, iba conmigo a sacarlo del banco y yo era el que lo manejaba. Ella me decía: “Yo no quiero administrarlo porque como camino mucho, no se me vaya a perder. Guárdalo aquí”. Yo lo tenía guardado ahí. Ella tenía la llave, cada vez que llegaba a mi casa dejaba un papelito escrito indicando la cantidad que había tomado. Con lo que ella me daba, yo me paseaba. Ella me mimaba mucho. A los cuatro años, como yo le había ofrecido casarme, tocamos el tema y yo le dije que me dejara pensar. Me dijo que quería casarse conmigo e irse a Venezuela. Y yo pensaba: “¿Qué voy a hacer en Venezuela? No señor, yo de aquí no me muevo”. Entonces le dije que no quería casarme. Se desanimó y se fue a Venezuela. Allá tuvo problemas de salud y luego murió. Allá hace mucho calor, ella vivía en Caracas, el doctor le dijo que ella no podía vivir en tierra caliente, que no cometiera el error de irse a Venezuela. Pero se fue. Ella vino un día bien flaquita, más muerta que viva. El chico de la apuesta me avisó que estaba internada en emergencias del hospital. La fui a visitar. Era puro hueso. No duró muchos días, creo que una semana después de que la visité, murió. Creo que vivió en Venezuela algo así como siete meses.

En ese tiempo ya dejaban que nuestras parejas pasaran una noche aquí. El doctor de ese entonces decía: “Cualquier paciente puede tener pareja porque somos todos humanos. Si quieren jugar, dígame a la persona que venga, que puede pasar con ustedes la noche”. Es bonito tener pareja. A uno le tienen su comidita caliente. Si uno quiere ir a una fiesta, va y regresa con ganas. Por eso, cuando ella se fue a Venezuela, me dejó muy dolido. Pero me interesé por otra chica. Ella también se fue, a Estados Unidos. La voy a echar de menos, especialmente porque venía el fin de semana y se iba el lunes. No podía vivir aquí conmigo. Esa falta de libertad sí hemos tenido. Nuestra libertad ha dependido tanto de los directores que llegan. Unos son buenos,

otros son rebeldes. Con esos que no son tan buenos, uno se siente un poquito mal. Más que la enfermedad misma, esa falta de libertad ha afectado la vida privada. La enfermedad nunca me ha acomplejado. Y pese a esas restricciones, hubo el caso de un paciente, un desgraciado, que ha inventado cosas sobre acosos. Es un hombre complicadísimo y su historia también.

Ahora, después de tantos años, creo que lo que viene para mí es la tranquilidad. Ya estoy viejo, entonces no puedo esperar más. Eso es lo más importante. Si tuviera 20, 30 años, podría pensar que hay futuro. Pero ahora, ¿qué puedo hacer? Así y todo, como estoy yo de viejillo, he pensado en conseguir trabajo. Pero es bien complicado.

Por eso es bueno que se sepa la historia del hospital. Es algo bueno, porque así la gente ya no va a tener miedo. Hay tantas personas que no saben y otros por temor no vienen. Entonces que sepan, que vengan, es lo más importante. Que la gente se dé cuenta y ya no tenga miedo. No es como antes que la lepra era complicadísima. Por eso ahora le llaman Hansen. Aunque es confuso, porque es como si fueran dos enfermedades distintas. Ahora la ciencia avanza, ya hay tratamiento, hay atención. No como antes, que decían los compañeros que no había medicamentos. Por eso también es importante que este hospital se mantenga. Hay personas nuevas que llegan, que necesitan esta atención. Pero para los nuevos que llegan y para nosotros, sería bueno que el gobierno nos diera más atención, mayores posibilidades de vivir mejor. Que nos dieran la libertad a la que tenemos derecho. Que puedan venir nuestros familiares, que vengan amigos a visitarnos. Lo malo de aquí es la permanencia. Alguien del gobierno debería venir para que vea cómo es la enfermedad —sobre todo a los compañeros que están bien enfermos, que necesitan quedarse. Eso es lo que quiero, que se sepa o que venga alguien del gobierno, que hable con los pacientes, que le cuenten las historias, cómo han sufrido. Hay compañeros que mueren de la pena, porque nos dicen que el hospital se va a eliminar, que lo van a llevar a otro lado, que el gobierno lo va a tomar todo. Entonces uno se siente muy mal. La vida no es fácil aquí. Nosotros hemos sufrido y seguimos sufriendo, demasiado, porque cada director que viene trae nuevas reglas y nos quitan poco a poco la libertad.